

Sensaciones recuperadas para “En el huerto” de *Primeras hojas*. Una conversación del martes 31 de mayo de 1977

Juan Manuel GONZÁLEZ MARTEL
Casa Museo de Lope de Vega
RAE
jmgmartel@hotmail.com

RESUMEN:

Este trabajo, concebido como homenaje a D. Alonso Zamora Vicente, rememora algunas escenas de la vida universitaria del autor, compartidas con el inolvidable Maestro.

Palabras clave: Alonso Zamora Vicente, *Primeras hojas*, Universidad Complutense.

ABSTRACT:

This work, conceived as a tribute to Alonso Zamora Vicente, recalls several scenes from its author's College years, shared with the unforgettable *Maestro*.

Key words: Alonso Zamora Vicente, *Primeras hojas*, Universidad Complutense de Madrid.

Cuando reencontré a Alonso Zamora Vicente en la Universidad Complutense, un día de diciembre de los cursos de Doctorado de 1970-1971, *El estilo de Gabriel Miró*, el catedrático llegó a clase, con corbata negra, con cierto retraso. Al verlo, recuperé enseguida su aspecto, el gesto y el tono de su voz, de unas intensas clases sobre literatura del Siglo de Oro en La Laguna en 1964, su primer viaje a las Islas Canarias. Por entonces, un desapercibido estudiante más de Románicas de la Facultad de Filosofía y Letras, pero ahora, en Madrid, la elección de su monográfico –pretendía estudiar, con los criterios de la nueva estadística lingüística aplicada a los textos literarios aprendidos en Dakar y Estrasburgo, el léxico cronístico de un modernista hispanoamericano– iba a comenzar con un encontronazo.

Hacía tres semanas que acudíamos sin éxito a saber de Gabriel Miró, pero el profesor no aparecía. En el aula indicada oficialmente en el tablón con los horarios se reunía aquellos miércoles un curioso pequeño grupo: unos cuantos hispanoamericanos –recuerdo a un excelente joven poeta colombiano, luego catedrático de *Literaturas de América Latina* en la Universidad Nacional en Bogotá–, dos orientales, un africano y unos cuantos “de provincia” española... ¡Ningún alumno de esos de carrera exclusivamente madrileña! Despidadillos, esperábamos. *Es que me han dicho*, se oía repetir de vez en cuando, *que aquí estos monográficos empiezan muy tarde...*

Al fin, un bedel, al que interrumpíamos el cierre del aula:

- ¿A quién esperan?
- Al profesor Zamora Vicente.
- Ese catedrático da en la B-11.

Allá nos fuimos, casi solucionado el enigma, con nerviosa carrera. Y el aula nueva, en el otro lado de la planta, comparada con la soledad de las últimas esperas nos pareció abarrotada.

Al poco, Zamora Vicente llegaba, y acompañado. Un montón de estudiantes lo esperaban en el pasillo en animada charla o ya sentados. Difícil hallar sitio.

- ¡Perdón! ¿Es usted el Dr. Zamora Vicente, del monográfico sobre Miró?
- Sí, señor, para lo que usted tenga a bien mandar.
- Llevamos tres semanas, estos compañeros y yo, acudiendo al aula que figura en el tablón oficial. Tal cambio podría haber sido indicado por la secretaria del Departamento.
- ¿Es usted rioplatense..., bonaerense?
- Aquel inesperado quiebro a mi comentario me sonó a guasa.
- No. ¿Es usted dialectólogo? ¿Conoce los asentos del país?
- Digamos que sí. El de Madrid..., sobre todo.
- Soy de Tenerife.

Quienes le acompañaban y algunos estudiantes, atentos al frenazo del profesor ante el aula y a las posibles meteduras de pata de quien había interpelado al catedrático... miraban.

–Ah, ah, un canario. ¿En qué estaría pensando? Unas tierras muy sanas. Bueno, bueno... Pasen ustedes, pase usted. El tiempo corre. Dentro seguiremos...

Dentro, ¡la hora voló...!. Sugestivamente, desbordadamente, se habló de **El obispo leproso**, del sensual mundo provincial del sensorial alicantino...

En algún momento de aquellas espaciadas mañanas uno de Románicas nos aclaró –amables y sencillas primeras charlas con un tal Pedro Peira, santanderino– lo de la corbata negra de don Alonso: *Hace muy poco que murió un hermano*. Más tarde supe que había sido la Elisa de *Primeras hojas*. Y llegado junio, acabado el curso, tras el consabido trabajillo, recibí la papeleta con una calificación exagerada. Seguramente..., ¡un guasón regalo por aquel ya olvidado primer saludo!

En 1977, trabajaba ya como colaborador en la Real Academia Española, y ahora matriculado en turno de mañana en Imagen de la Facultad de la Información, buscaba asunto para un corto... Nos pedían una práctica. ¿Por qué no “algo” de Zamora Vicente? ¿Alguno de esos cuentos monologados, incisivos y desenvueltos, de *A traque barraque*, de 1972? Lo primero de creación que de él había leído. Y tan divertido me había parecido que la intención primera fue *Goyito, tirador de pecho*, con relectura y beneplácito del grupo de Imagen.

¡Qué disparate!, dijo don Alonso, burlón, al comentárselo. ¡Qué va! ¿Le gusta a usted el relato o el oficio de *Goyito* o de médico comadrón? Creo que en esa calle

de Bailén, con viaducto y todo, más que el Palacio Real y El Anciano Rey de los Vinos, les ha impresionado a ustedes donde tal respetable oficio tenía asiento: La Gota de Leche...

–Además..., va usted a tener muchos problemas para el “cástin”... o, si lo llegase a rodar, para proyectarlo. [Sonrisas] A su cámara se le podría escapar algún plano de más de la intensa actividad de Goyo. ¡Mejor busque un asunto menos epidérmico para su nuevécita Facultad!

Acababa de encontrar un resto de ejemplares, a precio de 1955, de *Primeras hojas* en *Ínsula*, aquel local librero en el pasillo entre las calles de Carmen y Preciados. Por qué no un guión de algún sugestivo capítulo. “En el huerto...”. ¡Poco campo me parecía que había en la narrativa de Zamora Vicente! La finquita arbolada del barrio de Campamento, una casilla con huerto cerca de la capital, sin tener que alejarnos, como en “Veraneo”, ese otro capítulo, a esos majuelos albaceteños de la Tarazona del Júcar, de donde era originaria parte de la familia. ¡Reconstruiremos con lo que pueda quedar..., con super-8! Filmamos un trozo de Campamento, una franja aprisionada entre los bloques de viviendas nuevos y los arcones de la autopista frente a las tapias de los cuarteles, que se juntaban por el sur con una pequeñísima iglesia pegada a la carretera, con una fachada copiada de lámina de recortable infantil de construcciones.

En esta tarea pseudo-cinematográfica estábamos cuando don Alonso comentó que había estado en Campamento. –¿El lugar de Primeras hojas? –Sí. Fui al despacho de Cartografía del Ejército. Se pueden comprar planos. Quería unos de El Escorial. Zamora Vicente y su curiosidad por los mapas, los planos, los itinerarios dibujados. Y como le había comentado que quería hacerle unas preguntas sobre algunas referencias madrileñas de *Primeras hojas* que me despistaban, aproveché la ocasión.

En lo poco que anoté en aquella charla de 1977 sobre *Primeras hojas*, cuando él tenía ya 61 años, y a 22 de la publicación de ese hermoso libro de memorias, despuntan también algo de sus primeras sensaciones –bullicio, gritos y música del barrio; y los gustos y el olor de la ciudad, y los perfumes de flores y arboledas de las cercanías–, de las vivencias del Madrid de la infancia.

He transcrito esas notas. Me parecen poca cosa. Sólo detalles, porque, ocho años más tarde, quedaron nostálgicamente superadas, con deslumbrante emoción de adiós, en “Revés de la tarde”, añadido a la reedición de 1985. En ese *He vuelto, fugacidad de un día de fiesta, San Isidro arriba, a los lugares de la topografía madrileña donde se inscribieron mis horas primerizas. [...] Todo estaba igual, desfigurado por la falsedad de lo momentáneo [...] Ya no valía la pena ir más allá. Desde la esquina yo veía claramente los cambios [...]. En su fin [calle de Don Pedro] comenzaba el cielo, apoyándose sobre los montecillos de la Casa de Campo.*

Si releéis ese corto y bello epílogo, de definitivas despedidas, la mención al huerto de Campamento quedó fuera. Por eso me he permitido reproducir aquel intento de entrevista en estos días de recuerdos apresurados.

* * *

Alonso Zamora Vicente. En Madrid, mayo de 1977

¿Cuándo, dónde escribió el libro?

—En la ciudad de Salamanca.

¿No había vuelto hasta ayer [mayo, 1977]?

—No.

Pero, ¿desde niño o desde que era recluta? ¿No me había dicho que cuando era soldado le llevaron allí, al acuartelamiento de Campamento, frente a la que había sido casa y huertecillo de su padre, a unas prácticas de tiro?

—Sí, a los cuarteles de Campamento, pero no me acerqué a la casita. No sé. Seguramente pasé por delante y la miré. Pero no recuerdo ninguna ida nostálgica. ¡Menudos días para las melancolías! Si acaso, con frecuencia cruzaba con los compañeros la carretera de Navalcarnero para ir a matar el hambre en la taberna de allí cerca. Ésa, casi tapada, que aún queda al borde de la autopista, con esa gran chapa de Coca Cola.

—Por cierto, ¡aquellos fueron los únicos tiros que he dado en mi vida! Creo que no llegué a conseguir mucha puntería. ¡Y menuda la que nos venía encima! Ventajitas de los soldados en camiones de suministros de Intendencia.

¿Y en verdad reconoce algo del lugar entre lo que aún está en pie?

—Sí, el sitio se reconoce, claro. Hay un trozo donde no han construido aún. Seguramente no pueden. Esta muy cerca del talud del arcén de la carretera, que lo tapa. Queda alguna casilla del aire de las afueras del tiempo. Pocas, pero quedan. La casa, con huerto, tenía una alberca. La verja lucía glicinas. Sí, hombre, esas tan hermosas, de un morado azul, que cuelgan enredadas en algunas verjas. Sí, como las que todos contemplan en la del Banco Hipotecario en el Paseo de Recoletos. Tú las habrás tenido que ver desparramarse sobre la acera cuando pasas en tu autobús número 27.

—Solíamos regresar los mismos domingos, al anochecer, aunque muchas veces nos quedábamos a dormir.

Lee con sorpresa.

—¡Anda! ¿El número 26, el pintado de verde encima de la puerta? No. En realidad era el 15.

Para ir, ¿dónde estaba esa estación de Goya?

—Pasado el puente de Segovia, donde comprábamos churros, a la izquierda, en lo que fue solar de la Quinta del Sordo. Allí mismo. Aquella pequeña estación del tren, con una marquesina metálica, tenía jardín. Tiene que quedar algo de esa vieja construcción. Desde ese altillo se veían los grandes lavaderos en la ribera del Manzanares. Mejor se veían desde la Fuente grande. Por allí había hasta un asilo para lavanderas. Sí, hombre, en cualquier fotografía o postal de antes de la guerra. Lo que es actualmente la calle de Manzanares, por la Estación del Norte, era un suceder de grandes lavaderos cubiertos, donde se veía la ropa tendida y los grandes canastos. Por cierto, lo de “hijo de lavandera” tenía carácter peyorativo.

—Goya era la primera estación del recorrido, con parada en Campamento. Del lado de Carabanchel, a donde fui por lo de mi madre, había tranvía. Recuerdo los discos, un paso a nivel. La segunda, Cuatro Vientos. La tercera, Alcorcón. La cuarta, Móstoles. Y el final: Navalcarnero.

—Me acuerdo del jardín de La Argimira, una vecina en el barrio. También tenía acacias. Me decía, muy seria, que intentase ver la ¿pepita? de las gallinas; aprendí a ----- [*No descifro mi letra*].

—Y a la carbonera, La tía Cándida. Con ella iba a la carretera general, a recoger boñigas, para estiércol, las de la caballería del Ejército.

De aquellos alrededores, de Campamento y Carabanchel, lo que me daba mucho miedo era el camino del cementerio, cuando llevábamos flores a mi madre, el que lleva a la sacramental que tiene adosada a la pequeña iglesia románica. Me daban miedo unas charcas, legamosas, que el tren bordeaba; eran tres, oscuras, sucias, donde a veces se veían animales muertos y, quizá, en alguna ocasión, decían, pereció alguna persona.

¿Y pudo recordar algo más?

—Sí. Al hilo de esta lectura, sí.

—Me gustaba andar descalzo en aquella casa. No me dejaban en el piso de Puerta de Moros. Allí, en Campamento, mi padre no me tenía tan en cuenta.

—Recuerdo que allí había un carro con ruedas de mi hermano Miguel. A mi me parecía que era mío. Discutíamos. La diferencia de edad con él era mucha. Sabes que yo era el más pequeño. Cuando fui mayorcito me llevaba con él a Pinto, los domingos, donde tuvo una novia. ¡Miguelito tenía buena planta!

—Me impresionaban las piruetas de los aviones del aeródromo. De cuando se mató uno de ellos, allí cerca. Uno de los De La Cierva, familiar de ----- [*No logro leerlo*].

—También iban al huerto mis primos.

—Me acuerdo de las visitas a mi padre de don Juan, el párroco de la iglesia de San Andrés, el que me bautizó. Algunos domingos aparecía por allí, avanzada la mañana o con la siesta. No paraban de conversar. El cura sabía de flores. Nos hacía fotos, aquellas de placa de cristal. Por eso mismo lo recuerdo.

(Hojea, relea algunos párrafos, se detiene en algunas láminas)

—Esta ilustración, esta del niño y las sillas, ¡preciosa!, se la regalé al médico de mis hijos. Don Ernesto Sánchez Villares, un médico excepcional, generoso, ameno. Ahora reside en Valladolid.

—Esta otra, el dibujo original del niño asomado a la ventana, se la regalé a Rafael Lapesa.

¿Cambiaría ahora algo del texto?

—No. Si acaso algunas cosas de la puntuación...

Lee, y repite, la palabra. 'Malvones'.

—¡Qué literaria!, "la otra tapia cubierta de dalias y malvones". 'Malvones' es voz que nunca he dicho. La aprendí en La Argentina, en el tiempo de Buenos Aires. Es como llaman allí a una malva silvestre. Me pareció que era muy adecuada.

¿Recuerda su jardín de El Escorial a aquel de la casita de Campamento?

—A veces. Pero más que a la casa, a mi padre. Rastrillando las hojas de los plátanos en otoño, quemándolas, me ha parecido verme repetir sus gestos en mis trajines. La casa de El Escorial la compré en 1961. En Buenos Aires teníamos un jardín interior, en un amplio patio.

—Esta mañana, en Campamento, pensé que iba a encontrar...

¿Qué esperaba esta mañana...?

—No esperaba nada. Tras la compra en el despacho de los planos, al salir del recinto militar, me sorprendí calculando el camino más corto para acercarme al lugar. Y cuando llegué, ante una casuca con la verja del mismo aspecto que la nuestra, así me pareció el dibujo de la cerrajería, me sorprendí tocándola. Y me fue inevitable asomar el ojo a la cerradura de la alta puerta de chapa que me impedía ver el huerto.

—¡Pero si la mía fue hundida por las bombas, la guerra...! ¡Menuda zona fue ésta para que se conservase el apacible huertecillo!...

—Si la guerra finalizó en abril, en aquel mismo otoño se vendió lo que quedaba de ella, casi como solar. Creo que gastamos más en la Declaración de herederos. Mi

madre, tras los tres meses de enfermedad, de la operación del cáncer intestinal, murió sin testar. El notario vivía en la calle Conde de Aranda.

—La compró un gallego, un hombre receloso, que tenía un negocio de comidas. Le vi en el Despacho del Juzgado de Carabanchel, donde hicimos la Declaración... Mi hermano Fernando y yo renunciemos a nuestras partes a favor de mi hermana, soltera, la única hija de mi madrastra. Qué pudo ser: unas 50 mil pesetas..., ¡una cosa así!

— La familia se fue dispersando. Ya un año antes de mamá había fallecido la tía Marina, esta del alhelí. Vivía en La Guindalera, colonia cerca de la Plaza de las Ventas. Tenía tres o cuatro hijas. Y la tía Rosa (Plácida, en el libro), la de la estampa "De visita", que vivía en la calle de Felipe IV, en portal de la acera izquierda, pasado el Hotel Ritz, frente al Museo. Desde aquí se ve. Ese era el portal, esas las ventanas. Murió siendo yo estudiante. Su entierro, muy apropiado a sus ínfulas, fue en Arganda. ¡En algún cuento lo he colado!

* * *

La mañana del San Isidro último, tras un temprano paseo por la pradera, por las lomas de la ermita y la fuente, ya a esa hora con grandes colas formadas para ver el Santo o a por agua, tomé el metro cercano de la Puerta del Ángel, vecina de la que fue estación Goya del tren, y me di una vuelta por Campamento. Busqué la zona de aquellas tres medias callejuelas que anduve, que filmé. Está completamente barrida. Los cuarteles también. No queda nada. Un gran plan de viviendas ya aprobado asegura que será un gran barrio de pisos a precios razonables... Y aquellos exámenes de junio del 77 en Ciencias de la Información se nos echaron encima, y perezas y urgencias nos llevaron a filmar una historietita en la cafetería de la Facultad.

A pesar de mi descuidado archivo, abundante, la suerte me ha deparado la pronta sorpresilla de unas fichas que no recordaba. Aquel esbozo de entrevista en papeletas de las que usábamos en la Real Academia para adiciones y enmiendas al vocabulario. Es lo que os entrego transcrito. Me queda buscar las cintas de super-8 en sus carcassillas amarillas.

Releídas estas notas, y nuevamente con *Primeras hojas* en las manos, me parecen significativas como pequeño documento. Tal vez sean aceptadas, al igual que otros papeles, en el fondo de Alonso Zamora Vicente de su Fundación Biblioteca cacereña. ¡Hay que insistir y animar a que papeles, fotografías o películas relacionadas con don Alonso, que tantos amigos suyos tenemos, terminen a buen recaudo en el archivo de esa Biblioteca! En la seguridad de que más adelante servirán para abordar con exactitud una biografía y para comprender mejor la obra literaria de un escritor que también fue profesor de Filología Románica.